

## Dos miradas hacia un prisma



**Por Eliécer Fernández Diéguez**  
**Profesor de Cultura Cubana**  
**Universidad de Camagüey**

**(1er Premio Testimonio en Evento Científico (Mesa Redonda 40 aniversario del Taller Rubén Martínez Villena Camagüey 1968 – 2008))**

### PRIMERA MIRADA *El encuentro casual...*

Cae el tiempo en mi memoria, la indispensable gota de recuerdo puede abrir el grifo de un período. Me veo llegar vestido de uniforme verde olivo hasta la dirección municipal de cultura. Allí nadie me espera. La luz del sol se intensifica a medida que camino por Padre Valencia. En la calle se acrecienta el silencio mientras sigo interrogándome “¿Cómo será ese Pellerano que me recomendó la asesora de Minas? ¿Será como ella un ser enjaulado en su literatura? Como siempre aprieto los papeles bajo el brazo, pienso que soy un escritor, que me gusta la literatura tanto como la mejor de las novias, que leyendo poesía paso una gran parte de mi vida o por lo menos el tiempo que me da la condición de ser militar. La gente me mira ¿pareceré nervioso? Paso la calle medio entretenido cuando escucho el sonido de un claxon. Me paro en la acera y miro hacia un Chevrolet no sé de que año, de él sale la sonrisa de un amigo “¡Cuidate Eliécer, que así no llegarás a donde quieres ir!”. También sonrió le doy la mano y me despido. Levanto la vista y veo pasar cerca de mí a un hombre muy delgado. Sube los escalones y saluda a unos jóvenes que como yo llevan papeles bajo el brazo. Aprieto el paso y me le acerco: “¡Buenos días compañero! ¿Usted trabaja aquí?” “Sí, en qué puedo servirlo.” “Miré, yo vengo de parte de la asesora literaria del municipio Minas, ella me dijo que localizara a Juan Ramírez Pellerano.” “Mucho gusto, yo soy Juan Ramírez Pellerano.” Le di la mano y vi que traía también papeles, aunque mimeografiados con la imagen de mi poeta preferido Rubén Martínez Villena, allí pude leer “Boletín TALLER” y como el poema *Paz Callada*, sentí que “tan sólo el verso arrastra su cansancio y escala.” Luego le dije: “Me gustaría incorporarme a su taller.” “¿Qué géneros escribes?” “Poesía, testimonio, novela y creo que cuento.” “Bueno pienso que la poesía y el cuento van con tu edad, pero ¡La novela!, la novela, no. Eres muy joven para escribir ese género.” Luego miró a los otros muchachos y nos dijo: “¡Vamos!”

Hace veinte años de estos sucesos y vuelvo a verme en la misma situación. Recibo una sorpresa semejante a la de aquel tiempo. Parece una foto guardada que quiere

presentarse paso a paso como filmando en mi mente lo que vuelve a pasar y la nostalgia me trasmuta, me revisa los puntos lejanos del tiempo y cercanos en el corazón. ¡Qué añoranza siento por mis inexperiencias, mis desconocimientos literarios, mi mal escribir! Las paredes de la dirección municipal de cultura siguen manchadas por las pinturas dadas. Tampoco cambian los pisos por donde caminamos nuevamente cuatro jóvenes desconocidos para mí. Añoro cada paso en el espacio virtual por donde voy ahora, la calle Padre Valencia me queda un poco atrás y una mujer se levanta y abre puertas y ventanas por donde entran nuestras vistas. Se respira otra vez la esencia del pasado y llegamos a la oficina que está al final del pasillo. Ellos venían a ayudar al “Asesor” en la impresión y encuadernación del Boletín. Allí recibí las primeras lecciones de acentuación y rima, de ritmo poético y de trabajo permanente con la gramática y la ortografía. El verso que anotó en una hoja, todavía lo conservo con su letra de molde grande y clara: “Cuando nació sin sol mi madre dijo”. Y sobre aquella ignorancia, con el verde olivo sobre el cuerpo, hoy puedo levitar y ver a Alejandro Montesinos Larrosa, a Guillermo Villavicencio Flores y a Alejandro González Bermúdez los que estaban cerca de Pellerano y ya llevaban tiempo en el Taller. Pellerano me los presentó, todo eran poetas y narradores. Aquel día, como hoy yo andaba levitando. Montesinos era ágil, atrevido y creativo, hacía cuentos muy buenos y Alejandro también. Cuando Pellerano empezó a leer mis décimas llegó el señor Augusto Valdivia, ya era una cátedra en la décima. “De este viejo tendrás que aprender mucho” me dijo Pellerano. Siempre lo admiré y aún lo admiro, por eso estamos escribiendo un libro a dos manos: “Controversias desde el tinajón.” De allí salí entusiasmado, podía ir al próximo taller y leer los poemas que él me indicó. El taller funcionaba todos los lunes a partir de las nueve de la noche en la casa de la Trova “Patricio Ballagas.” Una inmensa mesa redonda nos esperaba allí. Nuevos amigos y muchas sorpresas. Quedaba cerca de Montera 170, que era el lugar donde vivía. Cuando llegué a la casa cogí mi novela – testimonio *Caña, amor y fusil en Monteverde* y la metí en un cajón de donde la saqué diez años después. Había alcanzado la madurez que tanto me anunció Pellerano. Quizá no he sido nunca un verdadero novelista, porque tal vez no asumí ese género como la poesía con todas las fuerzas del alma y el corazón. Creo que en esos años no pasó por mi mente contradecir al maestro, por lo menos en esa dirección. Luego inventaría muchas cosas en décimas y sonetos, y sus palabras eran: “No inventes más, sigue las formas clásicas; aprende formas clásicas y luego inventa.” En ese mundo creo que si no fui muy obediente. Me aferré a los inventos y creo que allí me ha ido mejor.

### *El primer taller...*

Nunca me pregunté por qué en aquellas noches de discusión literaria eran noches felices. Escuchaba con intensidad cada lectura, cada poema, cada cuento, cada testimonio y cada artículo. Estuve cómodo desde el punto de vista espiritual, metí mi cuerpo en la literatura gracias a mis amigos del taller, gracias a mi primer maestro. Y me sentí cómodo y apetitoso de aprender, aunque nunca me sentí centro de atención de los que allí asistían, nunca me creí demasiado importante y si vi de esa manera a los otros y en especial a los más viejos a Rafael Esteban Peña, a Mario Pérez Vega, a

Augusto Valdivia Hernández. Casi nadie notaba cuando manoseaba libros, ideas, sueños o cuando me presentaba aquí y allá con mis poemas sin su autorización. Sé que esas cosas al maestro no le gustaban y podía asombrarse de aquellos resultados: primer premio de décima, cuento, testimonio, literatura para niños y jóvenes del 1er encuentro de Talleres Literarios de las FAR en Camagüey y segundo premio de poesía en el concurso nacional Granma en el año 1988. Al año siguiente lo sorprendí con un segundo premio poesía en el concurso "Mi ciudad en 26", el primero se lo ganó Alejandro González Bermúdez y con el segundo premio en el concurso nacional de poesía Revista URSS y Radio Progreso y el nuevo primer premio poesía en el concurso Nacional Granma. Así como la primera publicación del poema "Desnuda te veo llegar" en la Revista Verde Olivo, con ese poema había logrado premio en el Encuentro Municipal de Talleres Literarios, Mención UNEAC y primer premio en el Encuentro de Talleres literarios del Ejército Oriental.

Llegué antes de hora y me senté con mi esposa en el parque Agramonte a leer mis poemas. Mi primera presentación. "¡Ay, que no me critiquen", pensaba. Lo que no podía imaginar era que esa noche pensé abandonar la literatura sólo por una palabra que me calló mal al oído. Nada podía detenerme, llevaba algunos días leyendo y releendo todo, cambiaba una y otra vez lo que escribía; y por fin era el día. Un día trascendente. Había encontrado el lugar soñado y sobre todo un buen maestro para iniciarme en estos trajines.

De muchacho no recuerdo otra cosa más feliz que bañarme en el río, nadar o soñar con ser escritor y viajar con un libro bajo el brazo; y desde que a los nueve años escribiera mi primer poema "*Flores del Caribe*" a cada rato me sorprendía confesándome al oído "Iré hecho letras por el mundo, y me leerán mis amigos y yo leeré para otros." En muchas soledades, todo era diferente: nunca hacía nada mal, mis cuentos y chistes eran buenos, actuaba para mí sin temores y con aires de confianza. Creo que hubo momentos en que me sorprendía entre aplausos por las declamaciones y era feliz, me sentía útil.

Aquella noche, después de las nueve campanadas de la catedral comenzó a funcionar el taller. Yo estaba intranquilo y movía aceleradamente las rodillas. Miraba a todos y los escuchaba con atención. Pellerano iba diciendo nombres y Rafael anotaba los títulos y los señalamientos que se hacían. Desde mi asiento miraba crecer a los demás. Gustavo Pérez fue el primero en leer, poemas hermosos sobre un hermano que era marinero, luego Valdivia le cantaba a la tempestad, o Gispert asomaba junto a otros escritores para niños sus hermosos versos. Cuando llegó mi turno leí las décimas escogidas por el maestro. Hubo pocos señalamientos. La cosa se puso mala cuando leí otro texto, era un poema cargado de imágenes, metáforas y otros valores literarios pero con el defecto de ser casi una prosa. Muchos hablaron de aquel poema entre bien y mal. Pellerano sólo dijo "¡Está prosaico!" Aquella palabra calló sobre mí como un cubo de agua fría. Como guajiro al fin, mal interprete su sentencia. Acabó la sesión y le dije a mi esposa "No vengo más al taller, quemaré todo."

Alejado y apenado, pasé un tiempo sin ir, hasta que un día me encontré a uno de los talleristas en la calle. Le conté lo que me había pasado y entre risas me aconsejó que eso era normal. Que siguiera asistiendo, que el tiempo diría la última palabra.

Creo que nadie se fijaba en los pasos dados por mí, sólo Pellerano lo hacía, por eso me revisó dos libros "Desnuda ante el espejo" y "Concepción poética del amor." A ambos le criticó el uso de la palabra espejo.

## SEGUNDA MIRADA: PARA SEGUIR PASOS DEL MAESTRO...

Ocupar un espacio...

Hoy destapo la vasija del recuerdo y compruebo que existen varias cucharadas de vida unidas al taller. Un día del año 1996, vi a Benito Estrada Fernández, mi segundo maestro, en la Universidad de Camagüey. Él dirigía el taller Nicolás Guillén y yo estaba desvinculado de esos menesteres sobre todo después que me mudé para el reparto Victoria de Girón. Retiré mis letras del calor de la crítica y le discusión por un tiempo, y vertí nuevas ansias después de incorporarme a su taller.

Mientras que hervía mi vida creativa tuve una segunda gran oportunidad con el taller Rubén Martínez Villena, esta vez como Asesor Literario. Allí seguí la misma variante de talleres de Pellerano un primer tiempo lo dediqué a impartir cursos como: Narración Narratología: Técnicas de creación y apreciación literaria en el 2000, La Concepción del mundo y formación de la personalidad del escritor en el 2001, La décima escrita: técnica e historia en el 2002, El testimonio: técnica y apreciación en el 2003 y Curso de Redacción y estilo I y II en el 2004.

La impartición de todos estos cursos exigió de mí mucho estudio y prepararme con sistematicidad, hecho que me hizo crecer espiritualmente y como ser humano. Continuar una vía, una estrella que había alumbrado en mi alma veinte años atrás cuando en la mesa redonda de la casa de la trova Patricio Ballagas escuchaba temas muy importantes.

Asistieron a mi taller muchos escritores importantes de la provincia de Camagüey, para hablar de sus obras, dar conferencias sobre literatura o realizar jurados de concursos, entre ellos les puedo mencionar a: Roberto Funes Funes, Manuel Villabella Marrero, Gabriel Llanes Estrada, Benito Estrada Fernández, Sergio Morales Vera, Zuly Jaspe Fondín, Odalis Leyva Rosabal, Diusmel Machado Estrada, Alejandro González Bermúdez, Jesús Rubén Failde Braña, Domingo Peña González, Jesús David Curbelo, Ramiro Fuentes Álamo, Roberto Méndez Martínez y Juan Ramírez Pellerano.

Hay un abuelo que suelta y corre por estos papeles, con los cabellos canosos y los surcos del tiempo en la piel, a veces se me acerca para decir que siga sus pasos; que no me escape como hace la arena del reloj. Y la casa de cultura se desdobra en pasillos, bullas y deseos de trabajar. Los pisos se manchan por el tiempo y el recuerdo; a un costado está el gran espejo y en dirección contraria mi buró con la foto de los talleristas. Siempre que encontramos las fotos hay gritos de alegría y lagrimas en algunos ojos. Luego la angustia se va y viene el recuerdo mejor y el pintor José M. Creachg pinta a Pellerano, Maribel Vidal le regala una de sus obras de artesanía y se leen varios poemas.

Ni yo mismo noto las alegrías que llegan y se van, y libero mi recuerdo de algún nudo gordiano y siento que hay un cristal por donde pasan las historias y los recuerdos. Nadie advierte como se desprende el nudo y las historias vuelven a ocurrir. El abuelo se acomoda en una silla y sus nietos le apartan las pesadumbres de la frente. Muchos le regalan sus sueños y sus esperanzas para que siga aquí. El tiempo es casi un temblor que llega y se esparce por su cuerpo.

En todo este tiempo tuve el honor de que se alcanzaran por mis talleristas más de 240 premios municipales, provinciales, nacionales e internacionales y más de 100 publicaciones en revistas, periódicos, antologías y libros; así como haber realizado el proyecto editorial de forma digital "Taller," segunda época con los números semestrales de los años 2001, 2002, 2003 y las antologías premios XXXV aniversario del taller Rubén Martínez Villena: *Gitanería*, de poesía para niños; *El príncipe de las piñatas*, de cuentos para niños; *Enroque corto*, de cuentos de humor; *Amanta*, de cuentos eróticos; *Los ídolos se espantan*, de décimas; *Reflexiones príncipeñas*, de ensayo y crítica; *Para no sentirme Eva*, de teatro; *Rapsodia para un rey mago*, de testimonio.

Nadie puede dejar al tiempo preso con un clavo en la pared, el tiempo pasa y se queda; y no es que el tiempo tenga complejos de Narciso. Con todo esto yo he sido feliz, muy feliz, tal vez más de la cuenta. Aunque hay que tener presente que lo que uno vive jamás es en blanco y negro. Las mezclas existen. El taller de Pellerano que luego fue mío y es de los dos, se parece un poco a él y un poco a mí. Como existencia para el recuerdo un gran taller, después que uno traspasa el umbral puede encontrar los defectos, los muebles desfondados o las telarañas. Hoy no sé si existe. Pero los que yo conocí, el de mi maestro y el que me tocó asesorar siempre estarán en mi corazón.

Sé que la gente olvida, que algunos se complacen en hacerlo rápido y en negar esencias y existencias; yo quisiera hacerlo pero no puedo; porque como decía Rubén Martínez Villena siento el olvido como un “distanciamiento del espíritu humano.”